

LUIS BELTRÁN MAGO



EDICIONES ISLA
LA ASUNCIÓN, EDO. NUEVA ESPARTA
SEPTIEMBRE DE 1956.

Nº 6

EDICIONES ISLA

GOBIERNO DEL ESTADO NUEVA ESPARTA

LUIS BELTRÁN MAGO

**BIOGRAFÍA ESPIRITUAL
DE
MARGARITA**

**EDICIONES ISLA
LA ASUNCIÓN, EDO. NUEVA ESPARTA
SEPTIEMBRE DE 1956.**

LUIS BELTRÁN MAGO

El doctor Luis Beltrán Mago, abogado nacido en Cumaná, Estado Sucre, es una de las más destacadas figuras jóvenes de la poesía venezolana. Como periodista, ha trabajado con éxito en casi todos los diarios de Caracas.

Una microbiografía suya de Don Andrés Bello fue laureada. Ha ganado, también, por trabajos periodísticos, el Premio de la Fundación Ortopédica Infantil y el de la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción.

En la actualidad, escribe una página semanal, sobre asuntos económicos, en el diario *El Herald*o.

Ha publicado, hasta ahora, un solo poemario: *Bajel Hacia la Estrella*. Tiene en prensa otro libro, *Sonetos a la Isla*, que aparecerá dentro de un mes, y prepara, además, *La Ronda de los Días* (poemas) y *Algunos Problemas Económicos de Venezuela*. — O-C.

BIOGRAFÍA ESPIRITUAL DE MARGARITA

Margarita es una isla de manglares, de algas, de peces y de perlas. Pero, a la vez, es una tierra de hombres y de ideas. Por los cuatro costados de su anhelo, el hombre ha determinado consecuentemente la voluntad de la tierra. El mar, que siempre ha tenido brazos abiertos para acogerla, desde su nacimiento y mientras durara su niñez, su juventud y su madurez, le ha prodigado sus mejores afectos. De allí que el mar haya influido considerablemente en la formación espiritual de la Isla y sus gentes. Por eso, desde el descubrimiento hasta ahora, aquella “tierra toda llena de verdor” que observara Cristóbal Colón, allá por el año 1498 —precisamente el 15 de agosto— se ha mantenido hermosa y generosa. Amplia como la misma mar. Alta y vigilante como sus propios montes, como la sonora carcajada que día tras día, hora tras hora y minuto a minuto deja escuchar el mar al romperse en mil astillas al lado de la playa hermosa. Por eso, como dijera el poeta, Margarita seguirá siendo “alma de perla y flor de sal”.

EL RECUERDO EMOCIONAL

Entre el aire —desde el aire— hasta la tierra, la Isla es de una magnificencia extraordinaria. El avión viene rasgando la soledad para encofrarse no sobre, sino frente a un mar de notable compostura. Abrio y alegre, por las playas nos encontramos ante una realidad tal, que solamente la decisión de observarlo todo, es lo que nos obliga a precavernos de las emociones. Nada tan hermoso como la visión de la Isla. Desde arriba, como si estuviéramos en constante comunión con Dios, tenemos que prepararnos para el encuentro emocional. Bondad del aire en la perfecta comunión con la tierra y sus hombres. Extremaunción del mar que nuevamente sale a nuestro encuentro, como si quisiera hablarnos de su soberanía. Presencia del paisaje en la emoción de las gaviotas. Realidad del amor que ha fomentado el hombre al abrazarse a la tierra por los cuatro caminos del

agua. Esto a pesar de que el sol —el bravo sol margariteño— ha extendido sobre la tierra calcinada, sobre los lomos de la tierra, toda su bravura. Sin embargo, a través de la historia, a través del encuentro emocional con el tiempo y su sombra, la Isla de los Milagros ha venido transitando cauces propicios a la oración con la Virgen de El Valle, vivido sueños en las gaviotas que la cruzan y emociones a través de su gesta heroica, simple y llena de toda emotividad. Como sus viejos puertos. Como su propia tradición. Así la Isla que para algunos —tal como lo apunta Mario Salazar— es una gigantesca esmeralda flotando sobre el mar.

LA TIERRA POR EL MAR HASTA LA HISTORIA

Cinco zonas de una importancia extraordinaria dividen la vegetación de la Isla. De una parte los manglares, formados en aguas de profundidad, saladas, como es natural. Del otro, los planos costaneros, que al bordear definitivamente a la Isla, forman una faja cerca del mar; luego las faldas interiores de la montaña animada de bosques secos y zonas conuqueras. Y, por último, la parte superior de las montañas, que recibe mucha humedad, “llegando a constituir verdaderas selvas húmedas de dimensiones variables”. Por eso, cuando se habla de la constitución física de la tierra margariteña, tenemos que hacer referencia a los manglares. Para la Isla de Margarita el mangle deja de ser una sombra verde para constituirse en algo vital a la misma tierra. Precisamente hacia La Restinga, bajo un arco de sombra y pedrería, cuando la barca se desplaza pensamos en la importancia del mangle como elemento de la tierra. Como elemento de defensa. Si en la actualidad podemos referirnos al hecho de que crece en aguas tranquilas, poco profundas, cuando llegamos hasta el corazón de su historia tenemos que relacionar al mangle con la defensa y el gesto heroico. Los indios, los antiguos guaiqueríes, hicieron del manglar verdadero elemento de defensa. Mientras que por los estriados caminos del mar y ya en la tierra firme los conquistadores comenzaron su labor de aniquilamiento y de dominio, por la

cuenca de los manglares, a través del mar, la hidalguía del indio se alzaba en son de protesta y el manglar sirvió de escondite para la preparación de las tácticas de ataque, ajustadas a la intuición guerrera de nuestros abuelos.

Por eso si desde el aire —como lo apunta Arturo Uslar Pietri— la Isla se la mira “virar como una gran cesta de flores y de frutas”, a través del manglar iniciamos el viaje emocional hacia la historia. Bajo su sombra y por sobre los mismos árboles “todos los rojos y todos los verdes, entre todos los azules del mar” se desperezan. ¡Bondad del color en influencia del mismo en el espíritu ávido de amor hacia la Isla Redentora! ¡Emoción del color ante el paisaje! Fuerza que se desplaza desde el momento mismo en que Cristóbal Colón descubría la Isla del Mar del Norte, frente a la costa de Cumaná, a los once grados, cincuenta y seis minutos, tres segundos de latitud y doscientos trece grados, trece minutos e izaba sus velas descubridoras y se emocionaba intensamente ante el espectáculo de algas y flores, tierra roja y amarilla, verde expresión del mar frente al manglar. La tierra por el mar hacia la Historia...

LA AVENTURA Y LA HISTORIA

Margarita es una tierra —repetimos— de historia sin malicia. Desde el momento mismo en que se abrían los espacios del mar para iniciar el camino de la aventura, los grandes señores del emprendimiento amasaron la idea de utilizar sus aguas para alentar proyectos novedosos. En ella —según lo explica Don Francisco Javier Yanes en su Historia de Margarita— se concibió el proyecto de descubrir, conquistar y pacificar la Provincia de Caracas en 1555. Francisco Fajardo es el brazo ejecutor. Tal vez la influencia de la sangre y la necesidad de salpicar la garganta y el cuerpo con aires más benignos y más suaves, motivara la disposición del mestizo hacia la aventura conquistadora. Por el mar, como en anteriores oportunidades, salían los hombres a jugarse la vida. Todo el desprendimiento marino se iba tras ellos. Toda la emoción de sal y frutas

venía con ellos hacia los Valles. Por el mar —repetimos— la barcaza de los indios guaiqueríes irrumpía hacia el Cabo Codera, luego de costear la provincia de Cumaná, hasta llegar al puerto de Chuspa. Estas eran, indudablemente, las primeras manifestaciones del margariteño hacia la aventura. Después fué la guerra de la Independencia. Matasiete. Luego las guerras intestinas. Las playas de El Tirano, Pampatar, Juangriego, La Asunción, Porlamar, Pedrogonzález, La Galera y ese semicírculo hermoso y extraordinario que constituyen las bellas de Macanao, saben a ciencia cierta de la inclinación del margariteño hacia la aventura. Hombres del mar, por el mar han sabido conquistar cuernos de playa, satisfacer la voluntad de trabajo en otros parajes, lejanos y distantes, e ir sembrando vida y esfuerzo por las aldeas y las ciudades, en el vértice de la industria. Por eso ante la Historia, la Isla de los ostrales se ha santificado. Si desde la tierra sembrada en el mar —la Isla de promisión— salieron los primeros pacificadores, descubridores y conquistadores, la verdad es que desde sus playas vigilantes —altas y hermosas como la bondad del hombre que la puebla— fueron muchos los que, alentados por la necesidad de libertad, izaron estandartes que llevaron con orgullo y poblaron la gesta de actos de heroísmo.

SOLAR DE BUCANEROS

Pero antes que nada y por sobre todo, la Isla puede ser calificada como solar de bucaneros. Tal vez fuera Manuel Felipe Rugeles quien en su hermoso canto “Evocación Geográfica de la Isla de Margarita”, la denominara así. Y es cierto todo cuanto afirma el poeta. La Isla en realidad ha sido un verdadero imán de aventureros y corsarios. Desde su propia infancia arrodillada, por sus aguas los viejos bergantines la alumbraron. Simples sombras hambrientas sacudieron la bondad de las aguas y despertaron el terror en los rostros recién amanecidos. Por las amplias costas y los recodos la enseña de la tibia y de las carabelas —por la boca brutal de los cañones— hicieron del botín banderas de barbarie. Así El

Tirano vigilante los vió venir ansiosos en busca de perlas. El oro proveniente de las alzadas redentoras y las sedas y pedrerías eran aliciente para que los soberbios galeotes sembraran de anclas y de cascos sus aguas venerables. De allí la lucha por el mar y sus contornos. De allí el quebrantarse las ágiles flechas luminosas contra los carenados cascos. Los arcabuces en contra de la enseña. La playa hospitalaria contra las fauces del cañón. El empeño del hombre por defender la tierra mientras el fuego era una ola ardida de presagios funestos y de muertes. Isla del mar, sembrada como un alga. Isla de la emoción prendida al cuello de su luna. Pero, a la vez, solar de bucaneros. Isla del corazón latiendo a cada instante. A cada instante hermosa. Isla donde el amor —como en el caso de Luisa Cáceres— sirvió y ha servido para que el sacrificio sea la enseña más hermosa que pueda ostentar el hombre margariteño.

EL HOMBRE

El Margariteño, como hombre de mar, ama la libertad. Por eso ese constante fugarse de la tierra. Pero solamente en lo que respecta a la separación física, porque donde se encuentre, en cualquier lugar del país o fuera de su tierra venezolana, está pendiente de su Margarita generosa. Por eso, repetimos, en las grandes oportunidades se hace a la tierra como Dios a los hombres que pueblan sus dominios. El margariteño, haciendo gala de su constitución marinera, no es de los que viven la vida sedentaria. Para eso tiene al mar. Por sus caminos va hacia la Tierra Firme. Por sus caminos regresa hasta su lar. En cada región venezolana, en cada pueblo, en el más alto paraje, por los bajos del llano o las alturas andinas se le ve. Es un hombre que viaja y viaja sin cansarse. Un hombre que construye a cada instante. De sus playas —siempre vigilantes y hermosas— como los antiguos fenicios hacia el descubrimiento de otras playas. Por sus manos, el trabajo más que una bendición es una necesidad. Por eso ha formado su Isla a pesar de la intemperie, a pesar de los sacrificios, de la inclemencia del sol, de la bravura de la ola. Como un todo orgánico. Margarita ha uniformado

sus distancias y es la tierra donde el corazón se alebresta para saltar de La Asunción hasta Juangriego, para abrazar a El Valle del Espíritu Santo luego de estarse en Porlamar. El hombre de la Isla, fuerte y generoso, tiene como una extraordinaria constitución espiritual. Su capacidad física, esa que lo ha hecho llegar hasta el sacrificio; esa que le permite hurgar en los ostrales, robarle al corazón del mar la pesca generosa. Esa constitución bronceada que no teme a los vendavales y pelea bravamente con la erosión para lograr la siembra redentora, le ha salvado de las grandes contingencias. Alguna vez ante la historia supo hacer acopio de inteligencia para la salvaguarda milagrosa. Otras veces, ante su propia expectación, de su fuerza y su malicia se ha armado para vencer la inclemencia del pez o para salvarse del naufragio. Esa es la constitución física del poblador margariteño. Pueblo de pescadores y obreros, apegados a sus casas “que viven en torno a su patio interior llenos de árboles, de sombra y de frutas”, donde “la más pequeña brisa se torna rumor de frescura”. Por eso toda la nostalgia se le viene por los ojos hasta amanecerle verde y hermosa. Porque a pesar de su contextura física, a pesar de su bravura inmarcesible, este gran venezolano, señor de mares y valles. Capitán de la sal y la gaviota, juez para santificar en la hermosura del paisaje las criznejas del mar, para bordar canciones de redes y arados, para transitar por los vericuetos de La Restinga, donde cada atardecer es una estada con Dios en la importancia de la solemnidad y cada amanecer un nuevo nacimiento en la frescura del pez o el sonido del caracol.

LA INFLUENCIA DE LA VIRGEN

Pero si desde diversos y variantes aspectos se ha dicho que sobre los pueblos ejercen influencia decisiva, ya el mar, la montaña o el río, así como también la llanura y la selva, la verdad es que las creencias religiosas —en el caso del margariteño Nuestra Señora del Valle del Espíritu Santo— también ejercen influencia vital. Para el hombre de Margarita, pues, la presencia de la Virgen es algo que rebasa los límites de cualquiera

interpretación. Por las noches es el hada redentora que cuida las embarcaciones, santifica las barbas del mar, besa sus aguas y las puebla de la tranquilidad necesaria; por el día saluda y vigila la bondad de las siembras, riega los parajes y ama profundamente en la fruta. En el limón, el dátil o la palmera. Ama la ternura de la tierra en sus melones y se abraza con amor y devoción a la propia santidad de los cristales que corren por los bosques rumorosos, por los arroyos expectantes, por las quebradas donde los helechos quiebran su talle en inevitable manifestación de sumisión a la Virgen de los Milagros. Por las noches —repetimos— la Virgen vive en la ternura de las madres que cantan antiguas canciones venidas por el mar hasta el corazón de la tierra; es la veladora de las perlas que según la tradición se han formado de sus lágrimas. Perlas para alumbrar la noche del marino, para besar la playa donde los fantasmas se han perdido, huido ante la Virgen y su recuerdo, ante su santidad de Madre y Señora. Ante su propio altar que más que eso, es el hogar de todos y cada uno de los hombres y mujeres que pueblan Margarita. Por eso la Virgen de Margarita es parte integrante de la Isla. Yo recuerdo de los cuentos anunciados con la reverencia total que la Virgen inspira. Yo he visto como se la requiere para la ayuda desesperada. Como se pone de manifiesto el sacrificio de hombres y mujeres, de niños y ancianos que practican con devoción la necesidad del cumplimiento. En su Santuario, atrio para adorar a la Madre de Dios en la imagen de la Virgen viajera, los testimonios de fe sobrepasan los cálculos más halagadores. Los zarcillos de oro. Los grillos del mismo metal. Las perlas benditas por el llanto de alguna madre que pudo arrancar a su hijo de manos de la muerte; en fin los votos variados y hermosos hacen del agradecimiento bandera para satisfacer la fe en la Virgen que alguna vez viniera por el mar, subiera los valles, rezara en la playa y bendijera la tierra por donde los hombres viven y padecen. De allí, pues, que la Virgen de El Valle sea acicate y madre. Bastión y estímulo. Alma para santificar los hermosos propósitos y asidero para la empresa generosa y amplia que ha llevado a cabo el margariteño en favor de su Isla.

LA LUCHA POR EL AGUA

Si la historia —ese gran cuento novelado que ha sido la venezolana por la forma como se ha descrito— no nos engaña, debemos afirmar que en Margarita, tal como en Coche, el agua era abundante. Tanto es así que después de la llegada de los españoles y más tarde cuando las islas del Caribe se convirtieron en escondrijos de filibusteros y piratas. Margarita como Cubagua fueron refugio seguro.

Isla con vocación de madre, de la madre tierra extraía el agua saludable para calmar la sed del navegante y para —¡oh extraordinaria paradoja!— alimentar la propia tierra y hacer que los frutos alumbraran campos y heredades, vertientes y conucos. De aquí que Margarita fuera una isla de frutas hinchadas por la ternura de las aguas. Una isla de amor por el agua bendita de sus ríos. Una isla de paz por el bautismo del agua lustral venida de las manos de Dios y la esperanza. Pero si hace unos cuantos siglos esta era una verdad incontrovertible, hasta hace unos pocos años la verdad era otra: la isla sacudía sus raíces y apretaba sus labios en procura del agua salvadora. Por la frente del hombre una angustia tremenda alimentaba promesas incumplidas. Hacia el cielo los ojos iban en la constante búsqueda de Dios para traerlo de la mano y enseñarle el panorama de la sequía y de la soledad. La Virgen de los Milagros, la hermosa Virgen del Valle, era una acompañante más en la plegaria, una hermana en el ruego, una hija también adolorida, también esperanzada, doliente, desesperada. Era el clamor del hombre por el agua. El clamor de la tierra por el agua. El clamor de la madre por el agua. Madre-agua del viento fugitiva. Perdida año tras año. Y sin embargo la fe, la fe margariteña apretujando horas, sacudiendo segundos, segura de sí misma, segura del encuentro con el agua.

Antes, sin embargo, a pesar de la tragedia la tierra hacía milagros inauditos. De los cerros vigilantes el hilo de agua caía como una seda íntima, delgada. La tierra alborozada, humedecía sus labios levemente. Y en

estas circunstancias hablaba al sol con cierta picardía. De su vientre brotaban los helechos. Por sus manos se alzaban los cocales. Altas palmeras sombreábanle los ojos. Los dátiles hacían sonar sus huesos para que los maizales alumbraran los paisajes. Los limos en las piedras iniciaban una conversación de tierno contenido. Vibraban los rosales trémulos por la esperanza. Se asomaban los lirios por las manos del niño y las cayenas eran borbotones de sangre flotando sobre los labios de las mujeres ávidas de sueños y canciones. Era el prodigio de la Isla. Era el milagro encarnecido. Era la palabra mágica venida al sentimiento por las huellas de los arroyos, por las corrientes indivisas, de paso hacia el contagio total de la alegría. Pero más que todo era la fe. La seguridad del margariteño de que algún día, con el tiempo habría de venir el agua generosa a satisfacer la sed mortificante. De allí que alguna vez —recuerdo que de esto hace exactamente diez años— en la oportunidad en que fuertes aguaceros azotaron a la Isla, una suerte de especie comenzó a circular entre las gentes de esta Caracas generosa: “Llueve en Margarita...” Y los rostros sonreían satisfechos. Los rostros hacían pública su íntima satisfacción. Revelaban sentimientos que se mantenían latentes. Porque la angustia de la tierra margariteña por conquistar el agua siempre ha sido compartida por todos los hombres, niños y mujeres de esta Venezuela hermosa y comprensiva. Así que de tanto esperar, llegó el momento del encuentro con el agua.

Hasta hace poco tiempo, repetimos, la Isla de Margarita padecía sed insoportable. Por su rostro, hondas huellas hablaban de la íntima preocupación. Por los caminos del mar veíanse llegar barcazas con el agua que el Manzanares generosamente entregaba para lavar el cuerpo de la Isla. Por las playas se desbordaban hombres y mujeres en procura del líquido y desde Punta de Piedras a Macanao, de Porlamar a La Restinga, todos estiraban sus brazos para alzar sobre los hombros la carga saludable. Ahora la situación es diferente. Si hasta hace pocos años eran apenas seis vertientes las que alimentaban la Isla, hoy son treinta y siete las que hacen el milagro de arrastrar el agua. Esta es la obra del hombre. La obra de la

técnica puesta al servicio de la humanidad. La reforestación ha rendido sus frutos y del vientre de la tierra sale nuevamente la ofrenda generosa. La cosecha buena. El pan bueno para ser amasado por manos que siempre han sido sencillamente trabajadoras. La lucha de Margarita por el agua casi está al finalizar. Un nuevo rostro es el que ofrece la Isla de los Milagros. Por sus calles ya no es la tristeza —que nunca ha sido triste el hombre margariteño— sino una perfecta comprensión lo que lo anima. Nuevo vestido viste el cuerpo de la Isla. Y más que nada, la íntima satisfacción de haber logrado con la fe superar situación tan deprimente. Ahora los helechos cantan con voz más suave. Más marinera. Los limos se atreven a desafiar al tiempo y se pegan a las piedras con más satisfacción. Por las huellas del campo se escucha con mayor hermosura el canto de los pájaros. En la lucha por el agua, la Isla, desde un pórtico azul, guiña los ojos al sol, y con una picardía un tanto irreverente saluda y se complace...

EL TRANCE DE LA EROSIÓN

Pero no solamente habían sido el tiempo, la inclemencia, quienes habían contribuido a mermar las fuentes, los manantiales en la Isla. Por las huellas de los cerros, en las empinadas colinas habíase instalado una familia animal bastante destructora. Al género caprino pertenecían. Eran señores de la serranía. A su paso los garfios iban taladrando la tierra, destruyendo raíces, menguando la verdura. De allí que se empezara a sentir los efectos de su permanencia en la generosa tierra margariteña. Años de constante conspirar contra la tierra, fueron surtiendo efectos a la larga. La tierra se sentía incapaz de abanicar sus árboles para llamar la lluvia. Las nubes no sentían la intimidad del ruego verde para visitar la tierra y hacerla florecer. Todo eran caminos estriados, veredas sacudidas por la presencia del animal destructivo. Las grietas comenzaron a aparecer como fantasmas a cada instante. Y de aquellos cerros sembrados solamente los canjilones hablaban. Era ese fenómeno horrendo de la erosión que se había apoderado de las serranías. Contra él era la lucha. Contra él se empeñó.

Hombres y dinero fueron puestos en su contra. Mientras en la ciudad se consolidaba la fe y por el mar nos venían los elementos para la lucha, en el propio lugar de los acontecimientos se iniciaba la batalla campal contra el chivo. Pero esta lucha era también contra el hombre. El margariteño se había acostumbrado también con sus rebaños. En la hora de desprenderse de ellos se anteponía el sentimiento. Sin embargo prevaleció el convencimiento. La necesidad. Esa extraordinaria capacidad que tiene el hombre de la Isla para responder con exactitud cuándo del progreso de su tierra se trata. Por eso fué que el empeño —como en otras muchas oportunidades— tuvo resultados positivos. Sobre la tierra rojiza de los cerros comenzó la siembra. La reforestación tendría que atraer el agua a las tierras margariteñas. Y no se engañó el hombre. Como ya lo advertimos, treinta y siete vertientes la alimentan. Treinta y siete lenguas de agua para regar campos y labradíos. Para lavar los rostros y las manos cansadas del trabajo diario y arduo. Para mirarse sobre nuevos espejos. Otra vez el triunfo de la fe. De nuevo el éxito, consecuencia de la voluntad. Por lo demás el triunfo de la esperanza... De aquí que la erosión viniera a ser un vehículo más para poner de manifiesto la superación física y espiritual del hombre margariteño que a través de sus cantos y la fe, de brazos con la técnica y el esfuerzo, pusieron a la tierra a dialogar más íntimamente con el agua...

LA ISLA TRABAJADORA E INDUSTRIAL

A nadie extrañará que Margarita sea una isla trabajadora. Si es cierto que muchos de sus hombres se han marchado para ayudar al progreso de otras regiones, la verdad es que allá, en el propio corazón de la tierra, el trabajo es elemento fundamental en su vida. Desde las arcadas hasta los valles, en la Isla de Margarita todo reboza trabajo. Por la madrugada son los cientos de embarcaciones que se dan a la mar y extraen de su interior, de su propio corazón, la alegría del pez. Durante el día es la siembra en los campos que enmarcan la ciudad. Es la industria pequeña que se moviliza a través de las experiencias de hombres y mujeres. Las perlas —esas lágrimas

del mar— también constituyen motivo de trabajo. Durante la temporada, cientos y miles de hombres se dan a la tarea de pescarlas. Otros las adquieren luego para hacer el negocio productivo. Pero la industria también tiene sus manifestaciones. Los zapatos para vestir los pies trabajadores, las carteras y cestos, sombreros y pavas, hechos con gusto extraordinario, ponen de manifiesto la inteligencia del hombre de la Isla; que si bien es cierto que en diversas manifestaciones de la cultura nacional han descollado, no es menos cierto que a través de las expresiones industriales dejan constancia de aquella y de su dedicación a la pequeña y gran industria. La Isla trabajadora no descansa. Día tras día, noche tras noche, por los cuatro costados de las horas realiza el milagro de la transformación de su medio físico, de sus hombres, de su industria. Pueblo de hombres, en la oportunidad de llevar a cabo tareas de hombres no repara en los minutos ni se abraza a los segundos como para descansar. Por el contrario aviva el sentimiento y rebasa la propia concepción del tiempo cuando desdobra energías y avienta hacia el futuro de su vocación de progreso.

LA INDUSTRIA TURÍSTICA

Margarita, repetimos, es una Isla de algas y manglares, de ostrales y de frutas. También es una Isla de playas industrializables. Mejor aún, una Isla donde se puede intensificar —tal como se viene haciendo— la industria del turismo. Precisamente en Porlamar, en sus playas, una compañía particular, conjuntamente con el Gobierno Nacional, a través del Ministerio de Fomento, inauguró un amplio hotel de turismo. De la misma manera representantes del capital privado iniciaron las labores de urbanizar una amplia zona de la Isla. Es que a Margarita, desde diversos ángulos de su geografía física, vienen llegando nuevas ondas de progreso. Por el mar, como ya dijimos, le llegaron los descubridores. De allí salieron los conquistadores. Allí se han formado sus hombres y mujeres. Por el mar —repetimos— le vienen las nuevas fórmulas de progreso físico. Si antiguamente llamaba la atención la playa de El Tirano por todo cuanto nos ha contado la historia; si

Matasiete tiene una tradición de lucha y sacrificio; si Juan El Griego llegó y amó profundamente a la tierra y es motivo de admiración para propios y extraños; si Santa Ana nos habla de la hermosura del gesto, y en la actualidad las playas necesitan viajeros y los llama. Por eso el nuevo hotel para la nueva gente que quiere bañarse en las aguas marineras, recorrer los poblados valles, mirar los árboles —que Margarita es una tierra de árboles, sombras y frescura— conversar con el paisaje en la tarde emocional; subir al atrio del recuerdo para desde los antiguos y hermosos parajes santificar su ansia de conocimiento; si Puerto Fermín es ambición para quienes han de codearse con sus hombres y mujeres y amar la sangre de la historia mientras por los ventanales se dilatan sombra de barcos y crecen los velámenes, la verdad es que la Isla reclama el lenitivo del turismo para satisfacer mayores preocupaciones de progreso.

SANIDAD ESPIRITUAL

Siempre el mar. El mar como un inmenso llano. El mar acicalando la playa a cada instante. El mar como un brazo tendido hacia el reloj del mundo. El mar por los antiguos caminos desolados, donde apenas la vela es un síntoma de intercambio. El mar que es vida todo, abriendo espacios al trabajo. Por el mar, repetimos, vinieron los hombres de la conquista. Desde Puerto de Palos hasta nuestras costas, siempre fué el mar vehículo del descubrimiento. Más tarde los conquistadores alistaron sus arcabuces y cañones para llegar a nuestra tierra por el mar y conquistarnos por la fuerza. Mientras por nuestras playas los hombres dialogaban con la luna, atisbaban el horizonte en busca de la vela, hurgaban, por la noches, en el abecedario de las estrellas, salpicaban su curiosidad con los fenómenos de la naturaleza, en otras tierras los hombres se aprestaban no a descubrirnos específicamente —que bien sabemos que fue la casualidad la determinante de que tuviéramos que depender de la Corona española— sino a descubrir tierras y más tierras. Así vinieron a romper la tranquilidad reinante en nuestras costas, apenas interrumpida por la malquerencia existente entre

ciertas tribus. Así vinieron a romper el encanto un tanto paradisíaco que era la vida en las costas del Caribe. En Margarita, donde se entrelazan lunas y velas y montañas y sueños.

Sin embargo, pese a la conquista, pese a la colonización, pese a la guerra de liberación, el espíritu margariteño permaneció incorruptible. Gente de mar, alimentan su fe en la fe de la mar. Gente de creencias, insuflan al sentimiento la emoción del credo y fincan su voluntad para permanecer ajenos a las corruptelas. Gente de campo, por las huellas del campo dialogan con el río, por la noche conversan con las sombras, juegan al escondite con la luz de los cocuyos, escuchan la noticia del agua a través del canto de las cigarras y salvan su espíritu alimentándolo con los pulmones del aire. De allí que el mar y el campo unan estímulos para salvaguardar su voluntad creadora. Por eso la sanidad espiritual del hombre margariteño. En constante tertulia con el mar, amigos del aire y sus palomas, compañeros del sol y de las noches, asientan en su espíritu la fuerza suficiente como para sobreponerse a la tragedia, para permanecer firmes ante la hora y dejar a un lado actitudes irreverentes.

Margarita es una tierra de gentes sanas. No tanto por la obra del mar y de los campos, no tanto por la influencia del credo religioso, más que nada por el trabajo y el respeto. De la casa humilde, que ya no puede hablarse del rancho humilde en la Isla de Margarita, salen las buenas enseñanzas. El viejo hombre del mar, o el campesino son el mejor maestro. La vieja compañera —madre por los cuatro costados de la palabra— es el mejor estímulo. Del maestro y el estímulo nace el hombre margariteño apegado a su labor de hacer, de construir a cada instante. De una vez ya modelado el barco lo lanzan a la mar. Acá, a la orilla, quedan el maestro y el estímulo propiciando la oración para salvar el viaje. Sin embargo, con la ola y el viento el fruto va rompiendo caminos en la mar. Sobre la propia ola el hombre de Margarita trabaja diariamente. En el fondo del mar su presencia se asoma como un pez. Y ante la inmensidad es fruto que labora, hombre

que trabaja, corazón que responde a las excelencias de una enseñanza buena, a la bondad del maestro y a la ternura del estímulo. Todo esto unido a una inteligencia innata, a una picardía marinera hace del margariteño el mejor capitán de la sanidad espiritual. Por eso en la Isla de los Milagros las cárceles se convierten en colegios y el egoísmo muere a mitad del camino. Queda tendido entre la arena. Nace muerto. Deja de respirar el aire de la mar y no apercibe la ternura de los campos ni la gracia de la lluvia, ni el saludo del río, ni el recado de amor de las noctámbulas piraguas. Hombre de cuchillo en mano, puesto que la mar reclama el cuchillo para el trabajo cotidiano, no figura en las estadísticas, en el renglón horrendo de la criminalidad. Nada de crímenes parece ser la consigna del hombre margariteño. Y no ahora sino desde siempre ha sido la consigna. Gentes de armas tomar y de valor a cada instante, en la oportunidad de hacerlo presente —tal lo ha demostrado la Historia de Margarita— han sabido responder exactamente a las exigencias del momento y del tiempo. Por eso tienen el calificativo de atrevidos. Llevan el atributo de valientes; pero antes que nada han hecho respetar el sentimiento de hombres. No en el aspecto del macho por excelencia, del matón a ultranza, del vulgar y del cobarde, sino en la plenitud de la palabra hombre. En el sentido exacto de la misma. Por eso en Margarita el crimen ha pasado a ser una especie de leyenda. Una como palabra que se dijera hace unos cuantos años cuando los bisabuelos aún eran muy niños y antes que ellos otros bisabuelos recordaban algún trance amargo en la vida apacible y honda del hombre margariteño. Porque en la Historia de Venezuela, en la geografía espiritual de nuestro pueblo, Margarita ocupa lugar principalísimo en el índice de la sanidad espiritual. Si fueron fieros y valientes en la oportunidad de defender la tierra con sus manos, con sus uñas, con sus pies, con su palabra y con su vida toda, también fueron generosos en la oportunidad de recoger a un hombre, hijo de la conquista y hacerle comprender la importancia de la ternura. Lo extraordinario de la paz. Lo que representa el agua en función de la tierra y la tierra en la hora del amor. Por eso, repetimos. Margarita es una tierra espiritual. Una tierra que a cada minuto se asoma en los ojos de sus hijos,

que se ve en el puño del hombre. Que late en los labios de sus mujeres, que duerme en la ternura de sus niños, que reposa en el corazón del aire, que se siembra en las olas de su mar y nace cada día por las velas de sus barcos y el rumbo del caracol. Tierra de marineros por el corazón del mar llega hasta el hombre y en la plenitud de su palabra hace del espíritu la función vital de su existencia.

Y AHORA EL ABRAZO EMOCIONAL

Y así el abrazo emocional con la Isla y su historia. El viaje alrededor de su biografía espiritual. Isla sembrada en el corazón de un mar aventurero, por sus ojos aviva la emoción de las horas en la plenitud del sentimiento. Así el abrazo emocional con la Isla y sus hombres. Con la Isla y sus mujeres, sus niños y ancianos. Aquí la mano tendida para tomar el sol de sus cabellos y besar la bondad en los ojos de la Virgen. Aquí los ojos para iniciar el viaje hasta su corazón de madre alumbrada de algas y helechos, de perlas y corales. Isla para el bautismo de la fe y devorar distancias sobre olas de amor para besar sus playas vigilantes. Así su navegar por entre auroras. Así su nacimiento junto al mar. Isla para Juangriego y Pampatar. Para pasar por La Restinga y dormir sobre el recuerdo mientras antiguas fuentes nos saludan. Así el camino para llegar a ella y la alta Cruz para enlazar anhelos. Así la noche para los desvelos y el dedal del amor para beber distancias. Así la red para pescar luceros y la palma real para cantarle. Los ojos marineros para amarla. Los pasos simples para hollar sus playas. La fe, la propia fe de cantos por su Valle. El amplio recorrido por su cuerpo. Isla de Mar y Verde desde arriba. Isla de anunciación para el camino. Aquí su biografía iluminada. Su biografía de pan, playa y camino.



Próximo número:

“Juangriego” (Estudio Médico- Sanitario)

Por la Dra. Maruja Rodulfo de Ardila Plaz.

OBRAS PUBLICADAS:

EDICIONES ISLA:

- 1.—“Poemas”—LUIS CASTRO (2 ediciones).
- 2.—“Poemas del Mar”—PEDRO RIVERO (agotada).
- 3.—“Estancia del Amor Iluminado”—EFRAÍN SUBERO.
- 4.—“El Héroe de Matasiete”—MARIO SALAZAR.
- 5.—“La Voz del Muro”—PEDRO NAVARRO GONZÁLEZ.
- 6.—“Biografía Espiritual de Margarita”—LUIS BELTRÁN MAGO.

EDICIONES INFORMATIVAS:

- 1.—“Síntesis del Estado Nueva Esparta”—J. A. OROPEZA-CILIBERTO (2 ediciones).
- 2.—“Polémica en Torno al Libertador”—A. ZEREGA FOMBONA (agotada).
- 3.—“La Virgen Patriota”—PBRO. JUAN HEREDIA PIÑERUA (agotada).

Imp. del Estado Nueva Esparta.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Agosto de 2022